

# Prefacio del autor

Este comentario lo escribí en un momento de transición personal cuando pasé de Decano asociado a ser el Decano del Seminario de Teología George W. Truett y después, en el plazo de un año, a Presidente interino de la Universidad Baylor, un puesto que desempeñé durante casi dos años. Me gustaría dar las gracias a Dennis Tucker, que desempeñaba el puesto de Decano interino del seminario, y a los miembros del consejo ejecutivo del Seminario: Jan Cason, Ron Cook, David Hardage y Grear Howard, que continuaban con la labor en mi semi-ausencia. También agradezco al Consejo ejecutivo de la universidad: Juan Alejandro, John Barry, Charlie Beckenhauer, Elizabeth Davis, Karla Leeper, Ian McCaw, Dennis Prescott, Pattie Orr y Reagan Ramsower por ayudarme a que la presidencia interina fuera tan enriquecedora personalmente. Mi aprecio también a los ayudantes administrativos del decanato y la presidencia: Pablo Autrey, Angela Bailey, Judy Carpenter, Rita Cox y Laura Hendrix por todo lo que hicieron para que venir al trabajo diariamente fuese una experiencia agradable y por planear los horarios para que yo pudiera investigar además de administrar.

Mi mayor agradecimiento a los siguientes estudiantes del Seminario teológico George W. Truett de la Universidad Baylor que fueron mis docentes y leyeron porciones del manuscrito ofreciendo perspectiva y crítica: Matt Vandagriff, Brad Arnold, Emily McGowan, Joey Pyle, Taylor Rogers, and Richard Villareal. Otro estudiante, Casey Ramirez, ofreció asistencia técnica importantísima para dar forma al manuscrito. Andrew y Tia Kim ofrecieron una ayuda inestimable en el proceso de edición final. También me gustaría dar las gracias a los siguientes estudiantes de doctorado del Departamento de religión de la Universidad Baylor por leer partes del manuscrito y ofrecer su perspectiva y su crítica: Alicia Myers, Josh Stigall, Jim Keener y especialmente Eric Gilchrist, que leyó el manuscrito al completo. Aprecio sus reacciones, tanto positivas como críticas. Todos estos estudiantes son lectores excelentes de textos bíblicos y no son responsables de ninguno de mis errores y torpezas. Sería negligente de mi parte no darle las gracias a Clinton Arnold y a los distintos lectores editoriales por su cuidadoso trabajo de edición. En particular, me gustaría agradecerle a Verlyn Verbrugge, editor principal de Zondervan, por sus valiosas perspectivas y correcciones.

Agradezco a la Junta de regentes de Baylor, que me concedieron un sabático de investigación al final del trimestre de servicio como presidente interino para terminar este comentario. De la misma manera, tampoco podría agradecer lo suficiente a todas las muchas iglesias que me invitaron a predicar y a escuchar sermones sobre Lucas en estos últimos años. Desde mi perspectiva, uno de los principales propósitos del estudio pormenorizado de las Escrituras es su proclamación y testimonio.

Le estaré eternamente agradecido a mi esposa, Diana, que me animó mucho mientras leía las diferentes ediciones de los manuscritos a pesar de la enorme carga de trabajo que tenía como Decana de la Escuela de trabajo social de Baylor. Su compañía es una fuente constante de gozo.